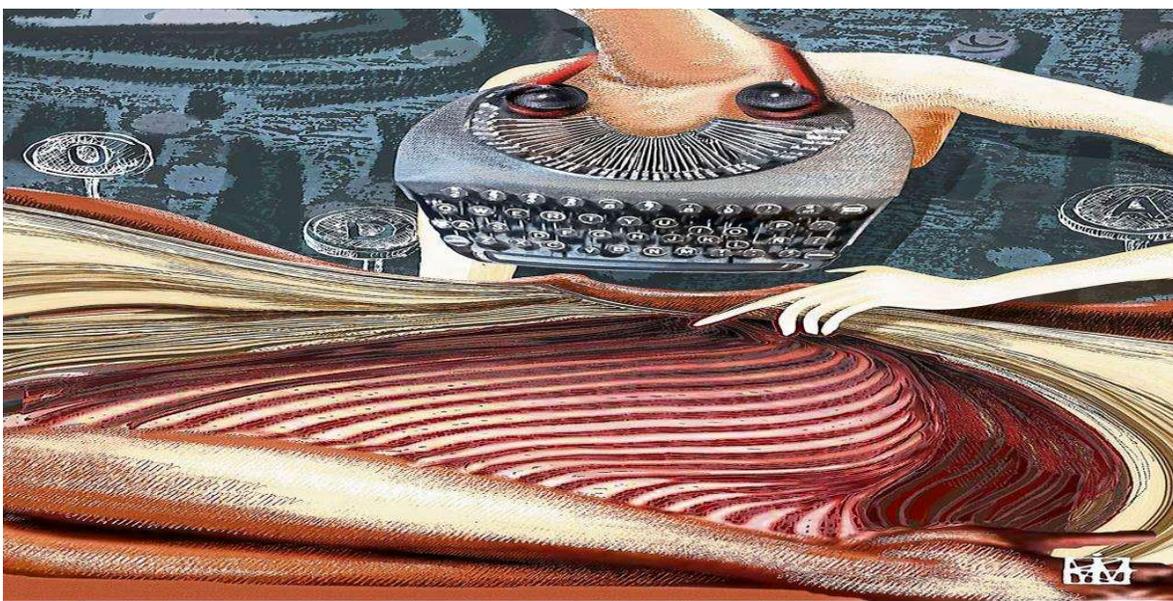


Cuentos de Celia Alvarez¹³⁴



Escritoras olvidadas de Leicia Gotlibowski.¹³⁵

Mar

Tener tres años y ser dueña de gigantescos canteros de maravilla en la cotidianidad del vivir, listos para ser explotados, listos para convertirse en experiencias. A flor de piel la sorpresa ante el rayo de sol que cruza la ventana, ante las miles de sensaciones en las plantas de los pies descalzos, el suspiro frente a los olores cambiantes del patio de la abuela, frente a la infinita policromía verde en el árbol de roble que da sombra a los juegos.

¹³⁴ Celia Alvarez ha incursionado en la narrativa para niños y adultos desde hace diez años, ha publicado en diversas revistas como “Poder Vivir”, en las compilaciones de literatura infantil “Mitos y Leyendas” 1 y 2 (Colección “leamos lo nuestro” edit. Saber y Últimas Noticias, 2014). Autora de la novela “De los Años Malditos” en Monteavila Editores, Colección Continentes en el año 2012.

¹³⁵ Tomado de: <https://www.lavoz.com.ar/numero-cero/mujeres-escritoras-una-historia-de-olvidos-borramientos-y-ausencias/>

Tener tres años y vivir descifrando palabras nuevas en la vorágine de frases que los adultos pronuncian desde lo alto, frustrarse ante el reto que se plantea cuando no entienden eso que tanto esfuerzo de pronunciación implica: Eeeeeerrrrreeeee -egffhggggeeeee. Intentarlo una y otra vez y reír triunfante cuando al fin se logra el cometido. Henchirse de orgullo porque la nena ya está grande, sabe decir carro y además habla como una viejecita.

Tener tres años y viajar por vez primera al mar. No tener mirada suficiente para tanto azul inmenso que va apareciendo al atravesar la montaña, ese paisaje donde parece que el cielo se traga a la tierra y no nos deja sitio hacia dónde seguir.

Beberse por los ojos las blanquísimas nubes, las gaviotas ínfimas que sobrevuelan como estrellas danzantes en el celeste, el claroscuro océano en sus diferentes profundidades que aún no se reconocen, y por el cual se espera poder correr y resbalar como se hace en los pisos brillantes de baldosas pulidas de la casa materna.

Tener tres años y preguntar cada cinco minutos eternos e insoportables: ¿Cuándo llegaremos?, No caber en sí misma de la felicidad al parar el vehículo y bajar con esas sandalias ligerísimas, sentir los granos de arena tocar la piel virgen, pedazos de sol fragmentados en mínimos hervores y correr, saltar, sin entender cómo es posible tanta textura diversa en un mismo suelo. Hundir los pies, buscar las sombras y no poder creer cuántos matices de temperatura son capaces de coexistir en un mismo sitio.

Escuchar el rugido profundo y acompasado de las olas, ver esa extensión de cielo que va y viene trayendo consigo la brisa salobre, el sabor de lo que aún no se degusta, la sal viajera de los vientos precediendo el amargo que traerá a la boca el agua marina.

Tener tres años y escapar de la mano materna para correr, correr, correr como quien huye de la vida recién estrenada, cómo quien no entiende cómo pudo vivir antes sin haber tenido la dicha de hacerse una con ese mar que atrae en el ritmo magnético de su vaivén. Correr para alcanzar al fin ese lugar profundo y oscuro que llama, llama, susurra en sus inalcanzables misterios.

Correr sin escuchar el grito materno y las advertencias, las mismas advertencias de siempre, que los adultos hacen desde atrás mientras persiguen el cauce de huellas que se va dejando como río que fluye hacia las profundidades.

Tener tres años y sentir las cosquillas de la espuma que acaricia los tobillos, gritar en el jolgorio del agua que abraza el cuerpo entero a través de esa ola creciente con la que el mar atrapa y abre las puertas a la pequeña sirena que se marcha para nunca volver.

El Gato

Sueño recurrentemente con un gato. Es un animal gigantesco como un tigre que se me acerca con paso firme y me lame. Es un sueño tan vívido que puedo percibir el ronroneo de aquel felino, su lengua áspera que me causa un poco de rechazo, su pelaje suave y las cosquillas que hacen sus orejas y bigotes cuando se enredan en mi cabello y mi rostro. El gato es tibio, gigante y pesado. Se acerca a mí y monta sus enormes patas en mi pecho obligándome a sentarme. En el sueño siento temor, pero al mismo tiempo una seguridad indiscutible y absoluta certidumbre sobre el amor que aquel animal me profesa.

Hasta hoy no había comprendido las razones por las cuales el felino me había acompañado en sueños durante toda mi vida adulta.

El mismo día que salí de mi hogar, esa larga noche en la que por primera vez me separaba de la habitación acogedora y tranquila que, como un nido vacío, había quedado en la casa de mis padres, soñé con ese gato por primera vez. Su caricia pesada estuvo allí en la soledad de mis años de estudio universitario, en el sueño profundo y delicioso que sucedió a la primera entrega carnal. Volví, onírico, a hacer menos frías las camas de hotel que me albergaban en aquellos viajes de trabajo, durante los 25 años que dediqué a hacerme una mujer de éxito ante los ojos del mundo. También estuvo allí después del parto, durante mis momentos frágiles de descanso en mi rol de mamá primeriza, en el sueño inducido de aquella cirugía en la que anestesiaron mi conciencia.

Mi gato gigante siempre ha estado allí para mí, menos esa noche en la cual tuve que volver a casa para acompañar a mamá en su difícil travesía contra el cáncer -Durmamos juntas hoy- me pidió, a pesar de que había varios cuartos disponibles para mí. Creo que notó el miedo que yo sentía, esa terrible angustia ante la inevitable mar picada por la que tendríamos que navegar durante tantos meses... ella, tan fuerte y serena, siendo quien enfrentaría una batalla contra su propio cuerpo, me dio cobijo en su cama y me permitió dormir, como en mis primeros años, abrazada a su pecho, ese pecho ya adentrado en años, cansado y adolorido por la terrible enfermedad... me permitió dormir abrazada a su cuerpo que pronto abandonaría y que nunca volveré a abrazar.

Esa noche dormimos juntas, arropadas bajo el mismo edredón que hacía décadas había cosido mi abuela para ella... lloramos en silencio e intermitentemente, una susurraba arrullos si la otra se desbordaba, cambiando de rol cuando nos era necesario. Así fuimos cayendo en un sueño profundo y silencioso. Sin más compañía que nosotras mismas y el amor mutuo.

Hoy enterramos a mi madre. Tal como lo pidió, sembré al lado de su tumba una planta de petunias y regresé a casa para encargarme de sus libros, sus vestidos, sus montones de fotografías. Tomo su agenda entre mis manos, esa agenda que quedará para siempre escrita hasta la mitad, en la que dejó listas de compras, tareas pendientes y notas para sus interminables proyectos artísticos. Abro la agenda y descubro dentro una foto. En ella, una pequeña versión de mi misma con apenas dos años,

acompañada por un gato. Un gato mestizo, de estatura mediana, robusto y bien cuidado, que juega con los lazos de mi vestido y me hace ver como odalisca resguardada por un inmenso tigre. Es el gato de mi sueño.

Veo la foto e imagino a mamá 40 años más joven, tomando la cámara fotográfica en sus manos y haciendo carantoñas para robarme una sonrisa que la cámara pudiera atrapar dentro de una pequeña hoja de papel. Me la imagino haciendo equilibrio emocional entre el miedo a que aquel gato me tumbara y la ternura que debió causarle la inesperada presencia del minino junto a su pequeña bebé en la cuadratura de su fotografía. Veo la foto e imagino el antes y el después de ese breve momento, su risa, su suspiro, su reproche leve y su brazo cargando a la pequeña, a su pequeña amada de siempre y para siempre. Luego se me atropellan en la mente los recuerdos de todos esos años de entrega paciente y dedicada, su mano tomando mi mano y haciéndose más chica, más chica conforme mi cuerpo iba en expansión, su mano soltando la mía, abriendo la puerta y sonriendo al despedirme ese día en que me fui de casa...

Ahora lo entiendo. El gato no era un sueño, era un recuerdo. Era más. El gato era la caricia protectora de mamá, acompañándome durante cada una de esas noches en las que jamás me abandonó.